

**Esta edición ha sido confeccionada antes de las doce de la noche del Sábado.**

## CONSEGRACIÓN DEL OBISPO DE SEGORBE

(CONCLUSIÓN)

### Las ofrendas. Final de la Misa

Después del Ofertorio tiene lugar la presentación de las ofrendas del Obispo electo, que son recibidas por el Consagrante. Estas consisten, como ya adelantamos ayer, en dos círios, dos panes uno dorado y el otro plateado, y dos pequeños barriles de vino, también dorado el uno y plateado el otro. Los panes y los barriles son llevados al altar en sendas bandejas de plata.

Prosigue el Santo Sacrificio que celebra el Consagrante en el altar mayor, y en el lado del Evangelio el Consagrado, éste al llegar el momento de la Comunión, comulgá de manos del Consagrante y pasa luego, acompañado de los Obispos asistentes, al lado del Evangelio permaneciendo allí hasta la bendición.

Terminada la Misa ha sido bendicida la mitra, e impuesta al nuevo Obispo procediéndose acto seguido á la ceremonia de entronizarle.

### Te Deum

Es un momento solemne. El nuevo Obispo de Segorbe aparece ya revestido con todos los ornamentos y atributos propios de su alta jerarquía; entonces nuestro Ilmo. Prelado entona el Te Deum, y los inspirados versículos del cántico Ambrosiano vibran y répercuten bajo las gigantescas bóvedas de la Basílica.

Desciende del altar el nuevo Prelado acompañado de los Ilmos. Obispo de Sión y de Menorca; y abriendo paso entre la apifada muchedumbre, recorre las vastas naves del templo, bendiciendo por vez primera á la multitud de fieles allí congregados.

Resulta en grado sumo interesante la figura del nuevo pastor; alto, intensamente pálido, presa de la mas viva emoción, levanta frecuentemente su mano derramando bendiciones sobre sus paisanos que se agrupan y se estrujan, ansiendo todos verle, contemplarle de cerca.

Después de recorrer todo el templo suben otra vez las gradas del altar el nuevo Obispo y sus asistentes y, una vez allí, canta por tres veces las palabras «Ad multos annos» dando luego el Consagrado el escudo de paz al Consagrante y á los Asistentes; pasando inmediatamente todos á sus respectivos sitios despojándose allí de los ornamentos.

Toman luego asiento los cuatro prelados en el lado del Evangelio, mientras en el coro continúa el rezó: una vez terminado, suben los hermanos del nuevo prelado á besarse el anillo, siguiéndoles algunos de los invitados al acto y los párrocos económos, órdenes religiosas, claustro del Seminario etc.

Los cuatro prelados van á salir del templo, produciéndose entonces un gran movimiento entre la multitud; fórmase una doble y compacta hilera á lo largo de la nave mayor, atravesando por en medio de ella los prelados; hay momentos en que se ven completamente imposibilitados de avanzar, singularmente el Obispo de Segorbe á quien todos quieren besar el anillo.

Ante la Capilla de la Purísima, oran brevemente los Prelados saliendo acto seguido de la Basílica.

### En la Plaza de la Catedral

Pintoresco sobre manera resulta el aspecto que ofrece la plaza de la Seo frente al Palacio de la Almudaina; es un cuadro plástico de vida y de movimiento; hay allí estacionada una gran muchedumbre y véngase en medio los elegantes coches que aguardan á los Prelados y demás invitados; el alegre y ensordecedor repiqueo de las campanas espacia por la ciudad la buena nueva. Toman asiento en un mismo coche.

### Notas sueltas

Por involuntaria omisión, al correr de la pluma, no hemos nombrado esta mañana entre los señores hermanos del nuevo Prelado, que han asistido á la Consagración, á don Mariano Massanet y á su otro hermano político señor Sbert, que vestía el uniforme de Oficial de la Armada; habiendo además aparecido, equivocado el apellido del hermano político don Juan Muntaner y Verd.

—La Comisión de Segorbe ocupaba también lugar preferente en la función de la Catedral.

Han concurrido, á la misma, aunque con carácter particular,

el señor Gobernador civil, el Presidente de la Diputación Provincial, el diputado señor Aguiló, el Delegado de Hacienda y algunos otros. En el banco del Ayuntamiento hemos visto al concejal señor Canet.

Han asistido á nuestro Ilmo Prelado, en calidad de Diácono y Subdiácono, respectivamente, el M. I. Sr. don Mateo Garau, Penitenciario, y el M. I. señor don Martín Llobera canónigo; actuó de Presbítero asistente el M. I. señor don Buenaventura Barceló, Arcipreste y de diáconos asistentes el M. I. señor don Matías Company, Chantre y el M. I. señor don Bartolomé Pascual, Lectoral.

—Además de los Ilmos. señores Obispos de Sión y de Menorca han asistido al nuevo prelado el Rdo. Dr. don Francisco Esteve, don Bartolomé Ripoll y el actual Rector de la Sapiencia señor Mirellas.

De los pueblos ha acudido

otra—el cirio del tercero es delgado como un fideo. Avanzan con gravedad, encienden su oferta y se arrodillan... recuerdan á los tres Reyes Magos: Gaspar, Melchior y Baltasar, adorando á Jesús. No ostentan sus tiaras de oro, ni cubren sus espaldas/ mantos de terciopelo y armiño; pero no dejan de ser conmovedor que este año no hayan faltado a la cita...

La población está, también muy cambiada en este tiempo. La mayoría de los grandes hoteles están cerrados. Todas las casas de huéspedes, improvisadas, todos los cuartos convertibles en habitaciones cuando las grandes peregrinaciones, recobran su primitivo estado. Únicamente las innumerables tiendas de objetos piadosos permanecen abiertas. Todos estos ónices sin valor, estas piedras de montaña con matices de caramelos, convertidos en rosarios, en recuerdos y en exvotos, dan á las calles de Lourdes un aspecto especial.

Al atardecer quise volver á la gruta; empezaba á oscurecer, descolorándose el cielo, arriñándose con suave brillo las hierbas del convento que servían de marco á las grandes arcadas de piedra. Pasaban sacerdotes, hablando con la serenidad y la alegría de almas puras. Sobre el musgo jugaban unos niños. En medio del crepúsculo empezaba á brillar la gruta. A lo largo de la avenida esperaban cuatro, lados, pobres lados de boda, con caballos apacilípticos, con cocheros que llevaban boina. En los bancos, cerca de las gradas del altar, todos los de la boda estaban prósternados; el traje blanco de la novia daba una nota distintiva, lo mismo que la levita del novio, de aquella ropa especial de los campesinos, tan negra que parece que absorbe la luz. A su alrededor, la familia, hombres, mujeres, muchachas, todos rezaban pícaro con que fe! Sobre aquellas gradas, en las que se arrastran ahullando todas las lepras físicas y morales, sobre aquellas gradas, en las que aun el año anterior vi realizarse á mi lado el misterioso Levántate Lázaro!, frecuente en este lugar, en estas gradas de supremo remedio, en las que van á pedir de rodillas lo imposible y lo inesperado, aquejos campesinos rezan sencillamente, habiendo acudido á dar gracias por alguna humilde gracia de familia, y piden, sin duda, que se prolongue el mayor tiempo posible, no más; y me parece que blanca y erguida en la penumbra que la invade, la divina imagen sonríe... ¡Ah! Lourdes!

LUCIANO ALFONSO DAUDET.

Después de lo que han dicho algunos autores, habrá alguna temeridad en querer hablar de las «cosas de Lourdes». No; no es de esa Cueva de la Fe, de esa Maestrolin de Amor, tal como se nos presenta en verano, de lo que quiero hablar ahora; no se trata de aquellas jornadas deslumbradoras en que las pliegarias suben al ardiente cielo, en que los trénes multicolores—variados, pesados y tentos como el sufrimiento—conducen á la ciudad de los milagros tantos males y tantas esperanzas. Lo que me obsesiona es el Lourdes de invierno, el Lourdes cuando se ha retirado la ola humana.

...Pronto llegamos. En aquella noche fría los Pirineos se escalonan, sobrepujando el horizonte, completamente cubiertos de nieve é iluminados por la luna. Cubiertos por esta doble blancura parece que entonan la letanía de la Virgen Inmaculada. —Torre de marfil», «Puerta del Cielo»—mientras el firmamento, cuya parte Este se descolora, contesta con serenidad á Estrella matutina. Los peregrinos se han llevado sus banderas; la estación, desierta, no retumba con cánticos y pliegarias; pero la naturaleza se encarga de este trabajo y su voz es formidabile.

Abajo mismo, entre los árboles despojados y los que se conservan verdes bajo la nieve, en el día naciente y perceptible ya, parece que el agua entona el cántico de la Asunción: «Me he elevado como el cedro del Libano; me he elevado como hermoso olivo en la campiña, como plátano plantado á orillas de un camino, cerca del agua.» Todo se convierte en humo aquí en invierno.

La gruta está aún en la sombra; de ella sale algún calor, producido por las llamas de los cirios. No se oye el menor ruido. A veces una gota de cera cae como una lágrima, ó bien un cirio chisporrotea con ruido de caída de hojas secas. Sola, arrodillada, sin temor al frío, vivo, sin embargo, y que huele á nieve, reza una anciana, con la frente apoyada en la reja y los labios pegados á los barrotes. Sus húmedos ojos brillan. Tiene cien años aquella mujer; blancos mechones cubren su frente, y sus manos están descarnadas y surcadas de profundas arrugas.

Se pide, dice el Papa, á los eclesiásticos franceses que se constituyan en cuerpos separados y que olviden, en cierto modo, su carácter de sacerdotes en comunión con la Santa Sede.

Su Santidad hace observar á los sacerdotes que serán privados del derecho de las Mutualidades societarias indicadas para recibir ventajas materiales tan discutibles como precarias, acompañadas de restricciones hostiles á la jerarquía.

Se extiende en largas consideraciones acerca de la desconsideración hacia los sacerdotes, cuyas funciones y servicios á la Patria se oídan.

En tales condiciones, dice Su Santidad, es imposible autorizar la formación de las Mutualidades dichas.

Pio X citó á León XIII, diciendo que en la separación, el ideal de los políticos franceses es el paganismo, y que el Estado no reconocerá á la Iglesia más que para que Aquella que él no ve, puede verlo al fin. La mujer saca un rosario del bolsillo y recita en alta voz el principio de las Avesmarías que el viejo termina con pausa, con concentración, apretando con ambas manos las cuerdas de madera, como para hacer salir de allí el milagro.

El sol sube, sube; un pálido sol de invierno, demasiado apartado para poder calentar. Todo se destaca claramente, árboles, casas. La gruta aparece ahora negra y venerable. Tiene casi la forma de la cueva de Belén, tal como la imaginamos, baja, humilde, íntima, tal como la arregló en uno de los altares de la Basílica por Navidad. En los pasos, al otro lado del torrente, los legendarios rebaños pacen la hierba. He ahí que en la amplia plaza se adelantan tres hombres; dos son del mismo país, de un país lejano á juzgar por su tinte colorado, ojos como de carbón y tipo asiático; el tercero, de largos cabellos laicos, muy miserable y andrajoso, pertenece á la raza difícilmente clasificable de los gitanos. Los tres llevan un rosario en una mano y un cirio en la

otra—el cirio del tercero es delgado como un fideo. Avanzan con gravedad, encienden su oferta y se arrodillan... recuerdan á los tres Reyes Magos: Gaspar, Melchior y Baltasar, adorando á Jesús. No ostentan sus tiaras de oro, ni cubren sus espaldas/ mantos de terciopelo y armiño; pero no dejan de ser conmovedor que este año no hayan faltado a la cita...

La población está, también muy cambiada en este tiempo. La mayoría de los grandes hoteles están cerrados. Todas las casas de huéspedes, improvisadas, todos los cuartos convertibles en habitaciones cuando las grandes peregrinaciones, recobran su primitivo estado. Únicamente las innumerables tiendas de objetos piadosos permanecen abiertas. Todos estos ónices sin valor, estas piedras de montaña con matices de caramelos, convertidos en rosarios, en recuerdos y en exvotos, dan á las calles de Lourdes un aspecto especial.

Al atardecer quise volver á la gruta; empezaba á oscurecer, descolorándose el cielo, arriñándose con suave brillo las hierbas del convento que servían de marco á las grandes arcadas de piedra. Pasaban sacerdotes, hablando con la serenidad y la alegría de almas puras. Sobre el musgo jugaban unos niños. En medio del crepúsculo empezaba á brillar la gruta. A lo largo de la avenida esperaban cuatro, lados, pobres lados de boda, con caballos apacilípticos, con cocheros que llevaban boina. En los bancos, cerca de las gradas del altar, todos los de la boda estaban prósternados; el traje blanco de la novia daba una nota distintiva, lo mismo que la levita del novio, de aquella ropa especial de los campesinos, tan negra que parece que absorbe la luz. A su alrededor, la familia, hombres, mujeres, muchachas, todos rezaban pícaro con que fe! Sobre aquellas gradas, en las que se arrastran ahullando todas las lepas físicas y morales, sobre aquellas gradas, en las que aun el año anterior vi realizarse á mi lado el misterioso Levántate Lázaro!, frecuente en este lugar, en estas gradas de supremo remedio, en las que van á pedir de rodillas lo imposible y lo inesperado, aquejos campesinos rezan sencillamente, habiendo acudido á dar gracias por alguna humilde gracia de familia, y piden, sin duda, que se prolongue el mayor tiempo posible, no más; y me parece que blanca y erguida en la penumbra que la invade, la divina imagen sonríe... ¡Ah! Lourdes!

LUCIANO ALFONSO DAUDET.

Después de lo que han dicho algunos autores, habrá alguna temeridad en querer hablar de las «cosas de Lourdes». No; no es de esa Cueva de la Fe, de esa Maestrolin de Amor, tal como se nos presenta en verano, de lo que quiero hablar ahora; no se trata de aquellas jornadas deslumbradoras en que las pliegarias suben al ardiente cielo, en que los trénes multicolores—variados, pesados y tentos como el sufrimiento—conducen á la ciudad de los milagros tantos males y tantas esperanzas. Lo que me obsesiona es el Lourdes de invierno, el Lourdes cuando se ha retirado la ola humana.

...Pronto llegamos. En aquella noche fría los Pirineos se escalonan, sobrepujando el horizonte, completamente cubiertos de nieve é iluminados por la luna. Cubiertos por esta doble blancura parece que entonan la letanía de la Virgen Inmaculada. —Torre de marfil», «Puerta del Cielo»—mientras el firmamento, cuya parte Este se descolora, contesta con serenidad á Estrella matutina. Los peregrinos se han llevado sus banderas; la estación, desierta, no retumba con cánticos y pliegarias; pero la naturaleza se encarga de este trabajo y su voz es formidabile.

Abajo mismo, entre los árboles despojados y los que se conservan verdes bajo la nieve, en el día naciente y perceptible ya, parece que el agua entona el cántico de la Asunción: «Me he elevado como el cedro del Libano; me he elevado como hermoso olivo en la campiña, como plátano plantado á orillas de un camino, cerca del agua.» Todo se convierte en humo aquí en invierno.

La gruta está aún en la sombra; de ella sale algún calor, producido por las llamas de los cirios. No se oye el menor ruido. A veces una gota de cera cae como una lágrima, ó bien un cirio chisporrotea con ruido de caída de hojas secas. Sola, arrodillada, sin temor al frío, vivo, sin embargo, y que huele á nieve, reza una anciana, con la frente apoyada en la reja y los labios pegados á los barrotes. Sus húmedos ojos brillan. Tiene cien años aquella mujer; blancos mechones cubren su frente, y sus manos están descarnadas y surcadas de profundas arrugas.

Se pide, dice el Papa, á los eclesiásticos franceses que se constituyan en cuerpos separados y que olviden, en cierto modo, su carácter de sacerdotes en comunión con la Santa Sede.

Su Santidad hace observar á los sacerdotes que serán privados del derecho de las Mutualidades societarias indicadas para recibir ventajas materiales tan discutibles como precarias, acompañadas de restricciones hostiles á la jerarquía.

Se extiende en largas consideraciones acerca de la desconsideración hacia los sacerdotes, cuyas funciones y servicios á la Patria se oídan.

En tales condiciones, dice Su Santidad, es imposible autorizar la formación de las Mutualidades dichas.

Pio X citó á León XIII, diciendo que en la separación, el ideal de los políticos franceses es el paganismo, y que el Estado no reconocerá á la Iglesia más que para que Aquella que él no ve, puede verlo al fin. La mujer saca un rosario del bolsillo y recita en alta voz el principio de las Avesmarías que el viejo termina con pausa, con concentración, apretando con ambas manos las cuerdas de madera, como para hacer salir de allí el milagro.

El sol sube, sube; un pálido sol de invierno, demasiado apartado para poder calentar. Todo se destaca claramente, árboles, casas. La gruta aparece ahora negra y venerable. Tiene casi la forma de la cueva de Belén, tal como la imaginamos, baja, humilde, íntima, tal como la arregló en uno de los altares de la Basílica por Navidad. En los pasos, al otro lado del torrente, los legendarios rebaños pacen la hierba. He ahí que en la amplia plaza se adelantan tres hombres; dos son del mismo país, de un país lejano á juzgar por su tinte colorado, ojos como de carbón y tipo asiático; el tercero, de largos cabellos laicos, muy miserable y andrajoso, pertenece á la raza difícilmente clasificable de los gitanos. Los tres llevan un rosario en una mano y un cirio en la

otra—el cirio del tercero es delgado como un fideo. Avanzan con gravedad, encienden su oferta y se arrodillan... recuerdan á los tres Reyes Magos: Gaspar, Melchior y Baltasar, adorando á Jesús. No ostentan sus tiaras de oro, ni cubren sus espaldas/ mantos de terciopelo y armiño; pero no dejan de ser conmovedor que este año no hayan faltado a la cita...

La población está, también muy cambiada en este tiempo. La mayoría de los grandes hoteles están cerrados. Todas las casas de huéspedes, improvisadas, todos los cuartos convertibles en habitaciones cuando las grandes peregrinaciones, recobran su primitivo estado. Únicamente las innumerables tiendas de objetos piadosos permanecen abiertas. Todos estos ónices sin valor, estas piedras de montaña con matices de caramelos, convertidos en rosarios, en recuerdos y en exvotos, dan á las calles de Lourdes un aspecto especial.

Al atardecer quise volver á la gruta; empezaba á oscurecer, descolorándose el cielo, arriñándose con suave brillo las hierbas del convento que servían de marco á las grandes arcadas de piedra. Pasaban sacerdotes, hablando con la serenidad y la alegría de almas puras. Sobre el musgo jugaban unos niños. En medio del crepúsculo empezaba á brillar la gruta. A lo largo de la avenida esperaban cuatro, lados, pobres lados de boda, con caballos apacilípticos, con cocheros que llev

